

También organizada por la Casa de la Cultura, se celebró una exposición de dibujo de humor del pintor Batalla, con una conferencia del artista, ilustrada con dibujos rápidos y sugerentes, que resultó animadísima.

El Seminario Mayor celebró con una semana conmemorativa el cuarto centenario del decreto tridentino fundacional de Seminarios. El programa fue muy apretado y denso de actos culturales y religiosos.

Con motivo de fundar en Cáceres la Delegación provincial de la Sociedad Protec-

tora de Animales y Plantas, visitó nuestra ciudad la Secretaría de la Delegación de Andalucía y Extremadura, doña Dulce del Moral Cabeza.

En el Palacio Episcopal se celebraron charlas sobre los temas: «Influencia de la moral de la mujer en el hombre»; «Crea ambiente de pureza a tu alrededor»; «Dignidad femenina», y «Mujer, Dios te pide generosidad». Fueron charlistas don Gabriel Casati, un militante de Consejo de los Jóvenes de Acción Católica, una militante del Consejo de Mujeres de Acción Católica y don Florián Rodríguez Pizarro, respectivamente.

I. DE LA NAVARREDONDA

De Béjar nos llega la lucida noticia del fallecimiento de don Juan María García, ilustre escritor y cronista oficial de aquella industrial ciudad. Era Medalla de Oro de la provincia de Salamanca, además correspondiente de la Historia, Comendador de la Orden de Alfonso el Sabio e hijo predilecto de Béjar. Fue un hombre bueno y prócer de la industria de las Artes y las Letras. Amó a su tierra con pasión y mereció bien de la misma. Descanse en paz.

El Ilustre Theatron de Atenas dio en el teatro romano de Mérida unas impresionantes representaciones de «Electra» y «Medea». El acontecimiento fue de tal calado que marcó una fecha en los anales del arte escénico.

Como todos los años, y con las solemnidades de costumbre, el excelentísimo Ayuntamiento de Cáceres conmemoró la fecha de su Santo Patrono, San Jorge.

En Barcelona, don Arno Gazul inauguró el ciclo de conferencias organizadas por el Hogar Extremeño de la Ciudad Condal. El ilustrado plenario discutió sobre el tema: «Dos poetas extremeños». Presidieron los señores de la Corporación don Pedro Fernández Pacheco, que hizo también la presentación del conde de...



RECENSIONES

SIETE ENSAYOS SOBRE EL ROMANTICISMO ESPAÑOL (Premio «Conde de Cartagena» de la Real Academia Española), por Pedro Romero Mendoza. Servicios Culturales de la Diputación Provincial de Cáceres. (Cáceres, 1963).

Interesante, sugestivo y completo estudio del Romanticismo literario español, es éste de Pedro Romero Mendoza que hoy, con bastante retraso sobre la época en que consiguió el valioso «Premio Cartagena», se presenta al público hispánico, bien editado por los Servicios Culturales de la Diputación de Cáceres en dos tomos, de los cuales sólo ha salido hasta la fecha el primero, que es el que tengo en las manos y debe tener en su biblioteca todo el que se interesa por la historia de nuestra Literatura.

Es este primer tomo de gran formato y tiene 530 páginas. Sólo su tamaño evita que se lea de un tirón como si fuese una novela. Tan interesante es el tema, tan bien tratado está y con tal elegancia y salútica está escrito.

Todo el que a escribir dedica sus desvelos, anhela haber compuesto durante su vida por lo menos una obra cumbre. La presente es la obra cumbre de un hombre que dedicó muchos años a estudios literarios, que practicó él mismo la actividad literaria con acierto notable y que todavía dirige y por muchos años siga haciéndolo, esta querida revista «ALCANTARA», que sería honra de nuestra provincia altoreximeña si no fuera por las dificultades de todos conocidas, en que se desenvuelve su vida.

De estos siete ensayos anunciados en el título, el presente primer volumen contiene cinco. El primero de ellos se llama «Ambiente romántico» y cumple con exactitud precisamente el deber de ambientar al lector, de ponerle en fase en lo que va a leer a continuación y que constituye el contenido de la obra. Describe en él

las circunstancias del mundo romántico en España con una viveza extraordinaria y una gran amenidad. Empero, sobre este primer ensayo, he de hacer yo la primera y sustancialmente la única objeción que este magnífico libro me ofrece.

Inevitablemente, la ambientación del capítulo ha debido ser sacada de las fuentes de la época e insensiblemente el autor se ha contagiado del estilo romántico y hace suyas las críticas exaltadas y vociferantes de los escritores de entonces: Larra, Modesto Lafuente, Bretón de los Herreros, etc. Así pues, el ambiente romántico no está escrito con serenidad, sino con lenguaje romántico también.

Hay que notar que mucho de lo que criticaban los que vivieron la era decimonónica y se critica aún, existía más agudizado en los siglos anteriores si hablamos de atraso. Y si hablamos del «adelanto» que supone el declive espiritual, aquello no es nada comparado con el siglo actual. Si en los viajes se iba «dando tumbos por carreteras descuidadas, salvando baches y aguazales, fríos y nieves, calores y moscas»; si las fondas eran sucias y sórdidas, si la gente tenía malos modos y grosera altivez e ignorancia supina, ¿qué no ocurriría en el siglo XVIII y en el XVII y en el XV? Sin embargo los críticos de estos siglos no eran tan frenéticos ni tan pesimistas como los de la época romántica y por eso, la visión ambiental que de estos autores se desprende y que Romero recoge íntegra, es históricamente falsa por exceso.

Por otro lado, la mayoría de los males de la época y del atraso en que España quedó con respecto a otros países en el siglo XIX, se deben al caos político en que la nación se movió en casi todo este siglo, consumiendo estúpidamente sus energías en luchas políticas y sin preocuparse para nada del progreso y de la cultura. Mientras en nuestro país el Romanticismo es una época de decadencia y estancamiento, en otros de los de Europa es período

de cimentación y de progreso en todos los órdenes. Lo cual prueba que nuestra decadencia en el Ochocientos no tiene nada que ver con el Romanticismo.

El segundo ensayo se titula «*Origen, caracteres y fases del Romanticismo. Precursores y transfugas. Partidarios, detractores y eclécticos*». En él se comienza señalando las influencias precursoras que gravitaron sobre nuestros autores románticos, provenientes de allende las fronteras: Chateaubriand, Lamartine, Byron, Víctor Hugo, Musset, Jorge Sand, Leopardi, Heine. Todos estos autores quedan estudiados en lo esencial de su obra y en sus caracteres determinativos, por el autor del ensayo y desfilan por las páginas de éste vigorosamente retratados. Vistas sus fisonomías, el texto pasa revista a la técnica literaria que desarrollaron sus plumas; tras algunos estudios previos, se entra en el análisis de las fases del Romanticismo y sus escuelas literarias, diseñando con jugosas descripciones los estilos de nuestro romanticismo propiamente dicho y de los autores *post-románticos* que en nuestro país adquirieron tanta importancia como sus antecesores.

Con el tercer ensayo «*Larra y la prosa costumbrista*», entramos en el auténtico estudio de los escritores románticos españoles. El capítulo primero está dedicado al famoso *Figaro*, el número dos de nuestros satíricos, después del incommensurable Quevedo, con el cual y con mucho acierto, encuentra Romero indudable parentesco en el carácter y estilo de Larra, tan certero, elegante y original en su obra literaria como desorientado e irrecomendable en su vida particular. Seguimos con los costumbristas de aquella época, Estébanez Calderón, Mesonero Romanos, Lafuente, Hartzbusch, etc., floración de verdaderos notarios de la vida de entonces, que no todas las épocas de nuestra historia ha tenido y ejemplo de ello es la nuestra, donde no hay ni un solo cultivador de este género literario tan importante y necesario para el historiógrafo.

El cuarto ensayo está dedicado a la «*Poesía romántica*», y por él desfilan, con el conocimiento y la erudición que son corrientes en el libro, en primer lugar el Duque de Rivas, literato romántico y personaje el mismo de romance; después el brioso y atormentado semidiós extremeño Espronceda; en tercer lugar Zorrilla, ardiente y fecundo; más tarde el orientalista y sensual sacerdote catalán Arolas; las dos grandes poetisas, Gertrudis de Avellaneda y Carolina Coronado, y por fin,

las estrellas menores de la profusa constelación romántica. El ensayo termina en capítulo aparte con Bécquer, a quien después de dudar de si incluirlo en el epígrafe, se decide por la afirmativa con completo acierto, porque en Bécquer está precisamente la culminación del romanticismo y su enlace con el Arte Literario Universal. Con avisada penetración, el autor hace notar que Bécquer es el único autor romántico que vive en obra, es decir que su biografía y su producción son una misma cosa.

Si el cuarto ensayo, dedicado a la Poesía, es profundo e interesante, el quinto, dedicado al *Teatro*, es sencillamente excitante. No sólo aparecen en él redivivos por la pluma mágica de las descripciones García Gutiérrez, el Duque de Rivas, Gil y Zárate, Zorrilla, Hartzbusch y la Avellaneda, sino la pléyade de actores y representantes que encarnaban los don Juanes y don Alvaros, las Ineses e Isabelas de Segura; Julián Romea, Bárbara y Teodora Lamadrid, Concepción Rodríguez, Carlos Latorre.

Sin esperar a la salida del segundo tomo, en que sin duda se tratará de la Novela y de los restantes géneros literarios del romanticismo, puedo defender que habrá muy pocos o ningún estudio de este período literario español que superen al presente en fuerza expresiva, en gracia de narración, en acierto para seleccionar lo más esencial y representativo de cada género y período, en fidelidad y en crítica sensata. La Real Academia Española, que no concede los premios bajo la frivolidad y el comercialismo que estamos acostumbrados a ver en concursos particulares, supo lo que hizo al sancionar esta obra con la concesión de uno de sus más prestigiosos galardones. Pedro Romero Mendoza puede estar satisfecho por haber dejado de estar en deuda con su época, por haber producido la obra cumbre de su producción literaria.

No es el menor de los méritos de este libro su cuidadísima edición, con numerosas notas a pie de página, un extenso índice nominal y una galería ilustrativa con los retratos de los corifeos del Romanticismo Hispánico y Mundial.

OMAR EL ZEGRI

CONQUISTA DEL SOSIEGO, por Félix Casanova de Ayala. Goya Ediciones. Santa Cruz de Tenerife, 1959.

Doscientas páginas son mucha lectura

para un libro de poemas, pero aun son más dificultad para una crítica meditada y justa. Dios sabe que la hemos procurado así, como consideramos que el poeta la merece. Sin embargo, no estamos muy seguros de salir con nuestro propósito. El autor y los lectores juzgarán a su vez.

Se abre el libro con una nota preliminar en la que se anticipa que «*Conquista del sosiego*» recoge la labor poética de veinte años, y da cuenta sucinta de cómo y dónde se escribieron los poemas que el autor publica ahora en diversos apartados que encabeza con un título común. Resume las opiniones de catorce críticos literarios; da luego una noticia biográfica del poeta y, éste, añade un prologo, que titula «*Resumen de una experiencia poética*», muy sincero y clarividente, que nos alumbraba con muy limpias luces y ayuda a llegar al fondo y aun al trasfondo de su buena poesía.

Por fuerza ha de ser la variedad la primera nota que caracteriza esta compilación. Una rica variedad, que no va siempre a mejor pero que conserva, todo a lo largo de su hacer poético y que pese a las influencias que se le advierten, el hilván de su talento y propia icción.

En efecto, en sus primeros poemas hay retumbos y maneras que recuerdan a Villalpesa y Rubén Darío sobre todo. Pero no son los baluceos de un principiante, sino que acusan firme el andar y una predisposición poco común para superarse y lograr muy cimeras cumbres. Versifica como un maestro, mueve un vocabulario extenso y sonoro y escoge los temas en consonancia con sus pocos años y las preferencias de sus émulos. El sometimiento a la disciplina que impone esta manera de hacer le logra maestro en el oficio, eso que tantos desdennan hoy, para encubrir muchas veces ignorancia o incapacidad, sin mermar en absoluto su capacidad creadora, antes al contrario, enriqueciéndola y aquilatándola cuando de modo natural se libera de estas primeras y juveniles influencias y canta, a su son, con magníficos acentos.

Hay aquí una sarta de sonetos que son de un delicioso leer y releer. La exuberante facundia del autor, tan meridional y rica en imágenes, armonías y destellos no encuentran traba ni atadura en los rigores preceptivos de la estrofa y la logra de continuo desde el principio hasta el fin como un ascua de oro. Le bulle la greguería y la sal marinera, y por los ojos, de par en par, se le meten adentro el sol, la luna y las estrellas de todo lo que ve.

Tanto ve y tan bien lo ve, que el poeta se olvida casi de sí mismo y se canta pocas veces. Su casa está blanqueada de muchas cales que reflejan con bellas irrisaciones las vivas luces de su contorno en puro mediodía.

Presentimos una gran humanidad en el poeta. No esa tan cacareada *humanidad* que ha pasado a ser un dicho manoseado y pedantuelo con cuya torpe significación se han pretendido justificar el vicio, la fealdad y el pecado. La humanidad que suponemos en Félix Casanova es ancha, fuerte y bondadosa. De momento, si es como imaginamos, esta manera de ser le ha perjudicado y ha llevado su estro por caminos que no son los suyos ni los que merece. No, él no es un hombre del 51 aunque haya gustado la amistad de los tales, ni siente de veras sus modos de expresión. La amistad o ese su buen natural ha concedido a estos hombres más valor del que merecen y, aunque con poco entusiasmo, los ha seguido e imitado. Los ha mejorado, diríamos, porque tiene más talento, más vena poética y más corazón pero ha desmerecido, o hecho desmerecer, su musa, a nuestro juicio.

Pero eso pasará. No tiene más remedio que pasar. Y entonces, cuando encuentre otra vez su voz, batida en la fragua de los años, con una perspectiva más clara, más sereno y reposado el intelecto, más honrado el corazón, si sigue cantando, habrá que contar con él a la hora de las estrechas antologías.

* * *

EN CORRAL AJENO, por Manuel Piniillos. Colección «*Alrededor de la Mesa*». Bilbao, 1962.

Está este poeta en la línea de lo que nos gusta, ni por el fondo ni por la forma y ni poco ni mucho ni nada.

Luego de esto, poco queremos añadir porque es fastidioso repetir una y otra vez lo que ya tenemos con mucho reiterado.

Pero como puede que haya lectores a los que contenten estas cosas, daremos una breve reseña que les sirva de noticia de lo que aquí pueden encontrar.

El folleto consta de veinte páginas. Va dedicado: «*A Mario Angel Marrodán, poeta con todas las letras, y, por tanto, tan integrado en este lamentable destino*». (Hemos respetado la puntuación).

No sabemos a ciencia cierta si «*este lamentable destino*» es el de ser poeta o el que tenemos como hombres. Como en

cualquiera de ambos casos no estamos conformes con ese *lamentable*, miren ustedes qué pronto empiezan nuestras discrepancias.

A continuación, trece poemas, algunos muy cortos y todos en verso blanco y sin titular.

En todos ellos hay el mismo acento y, aunque el poeta se contradice en ocasiones, creemos entender que sostiene la misma temática. No podemos asegurarlo, sin embargo, porque son tan difíciles de desentrañar que... cualquiera sabe.

Vean ustedes:

A causa de tan grave exilio me es posi-
[ble

dignificar estas débiles lágrimas.
¡Vedme inclinado sobre mis despojos!

.....
Extranjeros, de habla inentendible,
dirigen mi destino. ¡Oh burlesca
mueca de todo! Y yo reparto
el pan sobre la mesa y les sonrío
a esas migas con hiel y desdénoso orujo
que quedan un rató sobre el trapo
de mantel donde como mi vida desvaída.

.....
...Pero es el que aún guarda
algo de la inocencia primera o estelar;
y su conversación llega, o debe llegar, si
[se la exprime,
con tiempo propicio y soledad bastante,
a inquietar las estrellas precisas.

.....
Rastros marinos, escuadras
trituradas en la tormenta, avejillas
manifestadas cual una cenicienta escar-
[cha...

Eso es cuanto podemos mostraros.
Y he ahí el desdén con que miráis,
los que pedís siempre una muestra palpa-
[ble,
si os ofrecemos cuanto parvamente trans-
[portamos
a cambio de cultivar una tremenda lepra
[oculta.

* * *

ESPERAR NO ES UN SUEÑO, por Ma-
nuel Pinillos. Colección «Rocamador»
Palencia, 1962.

Realmente parece imposible. El azar ha
traído a nuestras manos, uno tras otro,
dos libros poéticos de Manuel Pinillos. Y
son tan distintos, tan diametralmente di-
ferentes, que asombra, nos asombra, que

hayan salido de la misma mano y, sobre
todo, del mismo corazón. Si no fuera tan
evidente, lo negaríamos en rotundo.

Cuando tenía escrita la recensión del
primero, he leído este otro y estuve ten-
tado de tachar lo escrito. Pero he vuelto
a leer y me resisto a hacerlo. No creo mu-
cho en mí mismo; cada día creo menos en
mí mismo y no espero mucho de la justicia
de los hombres ni, por lo tanto, de la mía.
Pero me sé sincero y no quiero hacer traición
a mi sinceridad. De aquél, dije, y de
éste, digo:

Ya sé que el hábito no hace al monje
pero en ocasiones...

Quiero decir que «Esperar no es un sue-
ño», para ser del todo diferente a «En cor-
ral ajeno» lo es hasta en la presentación,
que aquí es cuidada, limpia y dignísima.
Los títulos ya los habrán ustedes compa-
rados.

Pero hay algo más y mucho más impor-
tante que todo eso: Este segundo libro
viene denso de honda poesía, de ternura,
de amor y de esperanza.

Y, aunque el autor sigue versificando
sin rima, sus versos tienen ritmo y acento
y se acompañan con una música suave y
grata que mejora su paladeo. Algunos
acucian la necesidad de leerlos en voz
alta:

Caído estás en tierra, estás herido.
Tu frente roza el suelo. Casi lloras.
Entonces baja el cielo, se abre el aire,
y miras a lo lejos.

Te cubre todo el cuerpo la honda nieve,
te hundes en la sombra poderosa.
Y de repente el corazón se extiende:
ha sonado la vida.

.....
Eres un hombre, la tristeza es tuya.
Lo quieres todo y casi nada pones.
Pero comprendes que vivir es algo
que lleva al horizonte, por sí solo.
¡Ya siempre aguardas!

Resistes, titubeas. Hay cien noches
castigando tu prisa a las estrellas.
Pero tú sabes. Y confías que alguien
te encienda luces en la negra bóveda...
Porque la vida es la esperanza.

En todos los poemas hay dolor, claro
que sí. ¿Cómo no ha de sentirlo el poeta?
Pero hay también algo más valioso que el
dolor. Están la fe, la esperanza y la cari-
dad. ¿Cómo puede haber un poeta que no
camine transido de estas virtudes? Por
eso negamos a todos, y los negaremos
siempre, los que braman de soberbia, de
ira o de envidia. Hay mucha demagogia
hoy en día oculta entre el matorral de mu-

chos versos. Y el poeta, si no es un Cris-
to, no es nada. Dicho sea con todo res-
peto y reverencia.

Así es, para nosotros, Manuel Pinillos
aquí y así se niega a sí mismo «En corral
ajeno». Parece que el poeta lo presintiera
y de su subconsciente le hubiera brinca-
do el título. Porque corral ajeno es aque-
llo a su poesía.

Hoy, existo. ¡Increíble! Mi amor, qué
[tiernamente
miramos a la tierra donde tocas:
ese calor tan vegetal, la verde
bocanada de hierba, el arrullo melódico
de esas palomas que golpean las breves
[margaritas...

.....
Este es tu campo amigo. Abierto a las
auras, a las brisas, y a los huracanes si
quieres, pero sin bardas ni estiércol de
gallinas.

Canta ahí lo que quieras y cuanto más
mejor y no limites tu espacio a un pobre
muladar cercado de miseria. Recuerda el
anátoma de José Antonio.

Perdona si te herí. No había hiel en mi
dardo, Dios lo sabe. Nunca pretendo tal
cosa. Ni siquiera escribo estos comenta-
rios en son de crítica, que me tengo por
muy insignificante para tanto. Son unas
personalísimas impresiones y casi siem-
pre apasionadas. También soy un poco
poeta, aunque pecador, y es natural que
me duren los nobles y apasionados impul-
sos de mis años mozos. Sólo eso me con-
serva joven el espíritu. Apasionada mi
censura. Alegremente apasionada mi felici-
tación.

* * *

LOS DIAS INTIMOS, por Antonio Mur-
ciano. Alcaraván, número 15. Arcos de
la Frontera, 1962.

Sencillo, cariñoso, divinamente huma-
no. ¡Qué bien dice este poeta! ¡Qué bien
canta! ¡Qué abrazo amigo y bien caridad
hay en sus versos!

...Para el que quiera
escucharlo,
ahí va mi verso diario,
con una alondra en el pecho
y un hombre —yo— de la mano.

Parece que la poesía de Antonio Mur-
ciano no es transcendental, ni importante,
que le falta ademán y gesto y son campanu-
dos y altisonantes énfasis. Si tuviera
sobre eso, sería justamente eso lo que le
sobrara. Porque todo eso es escoria.

Los poemas de Antonio Murciano están

muy bien batidos. En el yunque de una
fragua aldeana, al rojo cereza, perdieron
la ganga y quedaron limpios de impuros
añadidos y despeñaron el agua del bache,
donde se templan los hierros sin trampa
ni cartón. Su metal está trabajado a fuego
y golpe de destajador, con amor de arte-
sano que se recrea en su obra porque en
ella pone alma y vida. Por eso su obra
permanecerá. Esta es la poesía que nos
complace plena y hondamente. Tanto nos
llega, tan en la raíz nos aprieta que sen-
timos lastimados nuestros pudores cuan-
do nos vemos obligados a tener que ha-
blar de ella. Como en el poema de Juan
Ramón, no quisiéramos tocarla más.

Va el poeta, de la ciudad al pueblo.
Aquí vive y allí se desvive. Es verdad que
la ciudad nos niega y el pueblo nos abra-
za, o nos abraza, pero no nos ignora, y
los que hemos sido niños y muchachos en
un pueblo lo llevamos ya siempre engar-
zado en el corazón. Los padres, la casa,
los amigos, la primera novia... Compre-
ndo muy bien a Antonio Murciano y canto
con él su canto llano y sencillo, como to-
do lo que es sincero amor.

Recuerdo que, en una solemnidad estu-
diantil, hace ya muchos años, un alumno
aventajado y repelente debía pronunciar
unas palabras que abrieran el telón al
acto. Se adelantó con el pecho saliente,
afianzó los pies, estiró los puños de la
camisa, echó el brazo a lo alto y con voz
tonante, dijo: ¡Compañeros...! Siguió lue-
go tronando al mismo son, tal que un Cas-
telar redivivo. En una pausa, que las me-
nudeó muy bien medidas, pregunté a un
querido maestro, que escuchaba junto a
mí: ¿Qué le parece a usted? Y él me con-
testó con mucha zumba: Está bien, está
bien; ahora que para decir esas cosas, no
hace falta ponerse así, caramba.

Antonio Murciano no se pone así por-
que su poesía es un limpio brillante y tie-
ne en sí toda la belleza. Le sobran arru-
macos y floripondios de monturas y en-
garces. Luce bellísimo sobre el paño ne-
gro de terciopelo, como un lucero en lo
alto. Para qué quiere la ciencia que dan
los libros ni las retóricas del catedrático.
Su venero es ancestral y eterno y sin duda
ha de conmovier a todos, a todos. ¿Cuán-
tos poetas pueden decir hoy lo mismo?

—...¡Otro día perdido!... La conciencia
con su voz de metal me lo gritaba.
Con esto de soñar, como yo digo,
tengo en la tierra, a medio hacer, mi casa.

No, no queremos decir nada más, pero
este libro es de los que apartaremos para

leer a menudo. No nos obliga con él la tarea de escribir. Nos solaza con él una hermandad de corazón.

* * *

POEMAS EN LA ORILLA, por Francisco Lezcano Lezcano. «Alrededor de la Mesa» (Comunicación Poética). Bilbao, 1962.

En total, tres poemas, que el autor firma entre 1957-1962.

Cualquiera, al confrontar las fechas y ver que el folletito no pasa de un cuadercillo, pensaría que va a encontrar una obra bien meditada y corregida. Pues no señor. Más parece esto un galimatías como para ir a la Cárcel de Papel para tres meses y un día.

El poeta (?) rima cuando quiere, en asonante, cuando le cuadra, en consonante y si le petea deja los versos libres, y andando.

Lo demás... Bueno, lo demás ya pueden figurárselo ustedes:

.....
De fenecidas islas
pulsas arcanas risas
sobre el teclado
amarillo y blanco
del helado piano marino.

Hay brisas
que las velas de tus sueños iza.

Luna de poeta, llena.

Y luna en cuarto menguante
sobre el particular cielo de la ribera.

.....
La Gramática y la Preceptiva maldita
la falta que hacen aquí. Nosotros tampoco
hacemos mucha.

* * *

EL ORIGEN Y EL NOMBRE DE CÁCERES, por Carlos Callejo Serrano. Obra cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, 1962.

«De Norba a Qázrix y a Cáceres», subtitula el autor su libro, que se presenta a los estudiosos avalado por un prólogo de Antonio García Bellido, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Madrid y Académico de la Real de la Historia.

No tenemos competencia ni saberes para hacer un estudio crítico de los valores científicos y eruditos de este interesante trabajo, que hemos leído de un tirón y cuyos asertos y deducciones encierran, sin duda, grandes meditación y agudeza. Por

lo demás, doctores tiene la Historia a cuya opinión u opiniones remitimos al lector.

Pero sí podemos repetir lo que ya hemos dicho más de una vez de Carlos Callejo: Que es un hombre tesonero, riguroso, con mucho orden y método, gran solvencia de estudioso y envidiable capacidad de trabajo. Y, como siempre, todo eso lo ha puesto a contribución de su obra y ha logrado en ella, a nuestro juicio, lo más acabado, completo y al día sobre los remotos orígenes de Cáceres y el posible, más cercano, de su nombre actual.

Todo ello expuesto con su prosa limpia y clara y un orden sistemático perfecto. Se lee con interés y gustoso entretenimiento y su fuerza persuasiva es tanta que no hay que esforzarse para otorgar donde él afirma.

El libro, de 150 páginas, está dividido en dos partes. La primera dedicada al «Origen de Cáceres» y la segunda al «Nombre de Cáceres».

Revisa todo lo dicho hasta ahora, aduce nuevas razones, rechaza lo evidentemente falso y sienta su teoría con cimentadas premisas. Se le ve ilusionado siguiendo la pista del dato con el mismo entusiasmo con que el cazador acosa la pieza.

Un libro más de Carlos Callejo y, como todos ellos, serio, necesario, riguroso e importante.

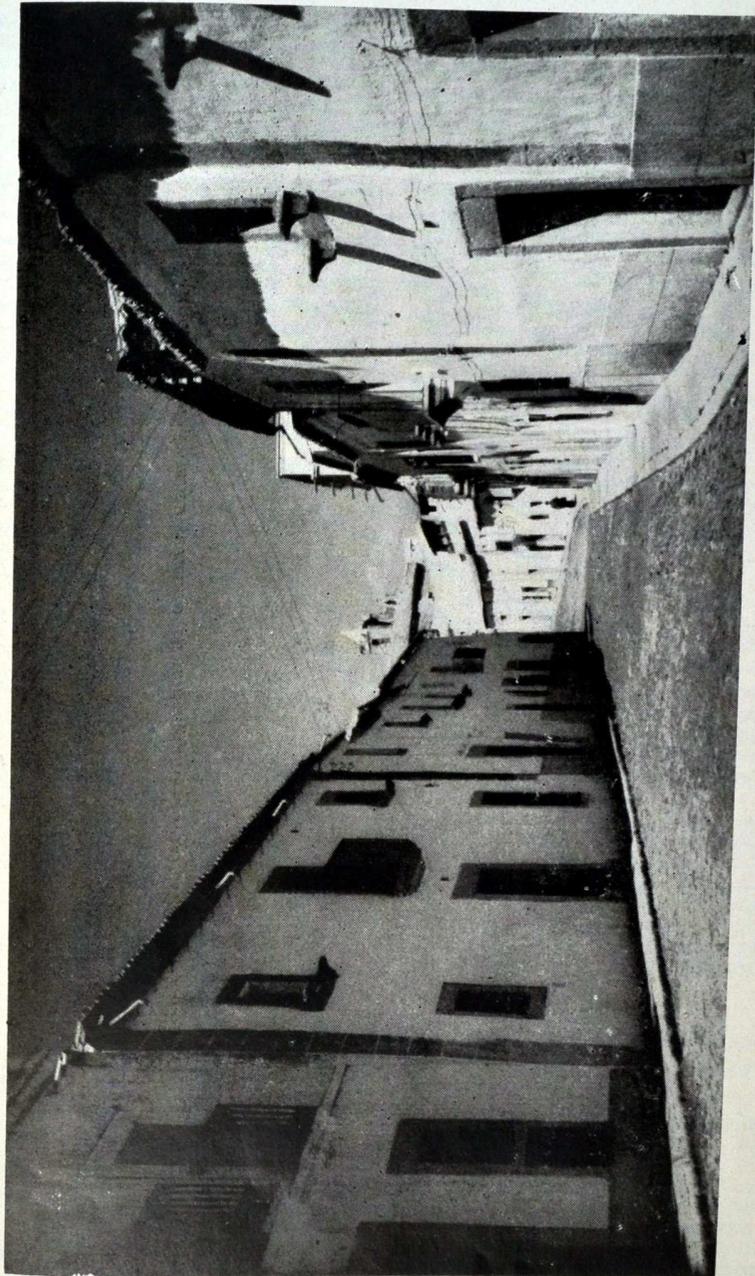
Añadimos que la edición de la obra se ha hecho con cargo a la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, y en sus Servicios Culturales de Publicaciones, que se enriquecen con esta nueva aportación y dan nombre y prestigio a nuestra ciudad y a la benéfica Corporación.

* * *

LAS SOMBRAS EN LA POESIA DE PEDRO SALINAS, por Carlos Murciano. Publicaciones de la Isla de los Ratones. Santander, 1962.

Más bien, yo hubiera titulado este ensayo: «Las sombras y Carlos Murciano». Porque se adivina, en realidad el autor hay un momento en que lo confiesa, cómo le obsesiona el tema y cómo ve en él mucho más de lo que el mismo Salinas seguramente pretendió. Y, aunque, con indudables sagacidad y acierto, se justifica tras los versos del propio Salinas: «Lo que yo no acerté otros me lo acertaron», anda muy clara por todo el ensayo esta comprensible y subyugante obsesión.

Carlos Murciano, no obstante, muestra



ALBUM EXTREMEÑO. — Malpartida de Cáceres: Calle típica. (Foto Javier).

unas dotes muy envidiables de crítico, conocedor, erudito y, sobre todo, bondadoso.

Creo que esta última es la nota característica de estos dos hermanos: la que los hace grandes poetas con todas las virtudes sinceras y auténticas de los soñadores.

El libro es curioso, interesante y ameno.

Y viene dedicado al que suscribe, con tan generoso afecto y amable deferencia, que no sería bueno ni elegante elogiarlo más. Con lo que, a la postre, lo elogiamos tanto como para ponerlo sobre nuestra cabeza.

* * *

CAL VIVA, por Juan Cervera-Sanchís. Colección Rocamador. Palencia, 1963.

«En carne viva» titulamos por nuestra cuenta, porque eso es lo que vemos transverberar en los versos encendidos y con llama que abrasa, de este poeta andaluz. Así empieza su libro:

Tengo experiencia por mí:
un hombre a mi edad es algo
hecho a callar y a sufrir.

Sin duda sufre, ha sufrido mucho este buen Juan, pero no ha sido capaz de callarlo todo. Hay un grito que no ha sabido callar. Y ese es su libro.

Juan Cervera-Sanchís tiene henchida el ánfora de su amor. Le hierve casi sin ruido la sangre joven que anda cauces solo suyos, como un canal sin acequias soñando la tierra virgen a que fecundar. Por eso le obsesionan el sol y el fuego de su tierra. Esa siesta que enerva al hombre maduro y enciende al joven con fuego de carnes y sueños de sirena. Hay mucho freno, que la fuerza lírica y casta del poeta pone a estas intensas sensaciones, pero hay también tanto caudal en el cauce, tanto fuego en la sangre y tanta tierra doncella...

...Traigo mi voz de hombre apasionada, que nunca escucha nadie, y esta herida donde canta mi sangre estremecida esperando una sombra enamorada...

...Entonces. Era entonces cuando volvían de nuevo a florecer mis sueños olvidados y me ponían balada sangre adentro y mi corazón no se ocultaba para hablar con las malvas y los lirios y asegurar que estaba enamorado...

Bajo el viento solano,
bajo esta tarde azul insoportable,

busco secretamente tu alcancía
rebotante de besos...

...Tengo esta angustia y este hijo que inventé aquel crepúsculo morado en la fresca alameda de los chopos...

...Era mi voz llamándote en silencio, pidiéndote la mano para echar a caminar contigo, cara al campo y al sol, hacia la tierna paz de la ribera, para dormir la siesta entre las sombras de los álamos blancos junto al río...

Y así podríamos continuar la cita, casi poema por poema.

El poeta ensueña y canta lo que no tiene o no tiene como él quisiera. Quizá idealiza lo que le amarga después de lo grado. Tanto da. Lo importante es que lo canta bien, que su dolor es suave y llega al verso matizado por su ternura. Es como el canto de amor del ruiseñor o, mejor, del jilguerillo. En ocasiones alcanza a zureo pero no pasa de ahí. Y tiene un gratisimo ritornelo su poesía:

...En aquel palomar
aquellos dedos míos
húmedos de fucsina,
escribían tu nombre en las pechugas
de las tibias palomas...

Blanda y templada como el plumón caricioso de una pechuga de paloma es la canción de Juan Cervera-Sanchís. Sin embargo hay mucha herida abierta y se adivina mucho dolor en los hondos entre-sijos de este hombre.

Saludamos con alborozo al poeta que así sabe hacer panal de su amargura. Ese es su camino. Buen sendero ciertamente para los escogidos. Y Dios sabe que decimos con verdad de nuestro sentimiento cuando aseguramos ver cómo la mano de Dios ungiendo la frente de este hombre y guiándole amoroso por las vereditas de su Gloria.

* * *

LA LLUVIA Y LOS MUERTOS, por Rafael Palma. Colección «Alrededor de la Mesa». Bilbao, 1963.

Rafael Palma es un poeta triste. Su verso nace empapado de melancolía. Parece que su alma solitaria vaga siempre por las estancias vacías de una casa cerrada ya muchos años y poblada de recuerdos. Vive como para un pasado imposible, que le niega o le nubla de lluvias el futuro.

A veces duda y hay un breve resquicio por donde atraviesa una luz de esperanza, pero es apenas eso: un resquicio.

No se revela. Al menos acepta casi siempre con mansedumbre, con adolorida mansedumbre y resignado pesimismo, lo que, para él, es inevitable. Por eso su canto es triste y con acentos elegíacos. No sé por qué, muchos de sus poemas me estremecen con el mismo hondo escalofrío mojado de lágrimas con que escucho los trenos del ofertorio gregoriano. Tienen sus poemas una apagada solemnidad de salmo; un eco añejo de pretéritos y profecías.

Hay un poema que puede más que el poeta y que es el más verdadero. El solo vale todo el libro. El autor lo titula «Monólogo con la hija» y de buena gana lo daríamos entero porque nos ha conmovido profundamente:

Ahora, en invierno,
hija, la casa se llena de rumores:
el viento cuando bate en la ventana,
la lluvia en los balcones,
el llanto de los niños,
el agua sobre mármoles y bronces,
el pitido lejano de los trenes
y el eco de pisadas en la noche...

La vida es eso solo:
unos pequeños ruidos y unas pocas razones;

un ramillete de alegrías
y otro de dolores
y nada más; ya ves a qué débiles cosas
conceden, hija, importancia los hombres.

Y así sigue aumentando suavemente en intensidad el poema que se estremece y estremece al lector cada vez que el vocativo, hija, se repite. No es más que una palabra y una palabra muy sencilla y muy breve, pero todo el que sepa lo que es tener a una hija en el regazo, acurrucada sobre el pecho mientras acariciamos su cabecita, sentirá una congoja de ternura al leer estos versos y cada vez que tropiece con el vocablo, que el padre poeta ha puesto exactamente allí donde nosotros lo hubiéramos dicho también.

¿Has cerrado la puerta...?
Hija, esta noche
enciende pronto lumbre que hace frío
y bate el viento en vidrios y balcones.

Los hijos son la gran verdad del amor,
los que hacen dulce nuestro dolor por ellos,
los que nos dan la felicidad del sacrificio
y nos hacen maestros de la vida,
los que nos inspiran los grandes poemas.
Como éste que ha sabido escribir Rafael Palma.

MENSAJE DE SOL Y LUNA, por Manuel Delgado Fernández. Madrid, 1963.

Ciento sesenta páginas de versos ha acumulado en este libro nuestro buen amigo y paisano Manuel Delgado. Este, creemos, es su único defecto porque le ha traído a publicar juntos poemas distantes entre sí en el tiempo y la ocasión, que distraen al lector con saltos a los que cuesta acomodar la mente y el sentimiento.

Sucede también que algunos poemas, particularmente los que nacieron de un sentimiento fraternal o admirativo del poeta, es difícil que lleguen al lector no iniciado o conocedor de determinados sucesos y personas. Es lástima porque hay mucha poesía en Delgado Fernández y nosotros lo sabemos bien. Y es un gran artífice del verso que cincela como un maestro desde hace ya muchos años.

¡Noble Cáceres, puente de dos vidas
por un vértice de oro eslabonadas!...
Bajan estrellas a besar espadas
y arados corren a lavar heridas.

¡Torres!... Fragar de piedras encendidas
que prendió Abu-Jacob a cuchilladas.
¡Palacios!... Piedras frente al sol izadas
de corazas titánicas fundidas.

Oros de guerra: Timbres y blasones
en arroyos de glorias conservados
entre muros de garras y leones.

Oros de paz: Progreso, alarde, hazaña;
músculo y pensamiento concertados...
¡Y un Faro a todo amor en la Montaña!

Quizá esto no diga mucho o diga solo a medias a los de fuera, pero nosotros sabemos todo lo que hay dentro del soneto y lo que refulge de sus resoles y «piedras encendidas». Pues así es toda o casi toda la poesía de Manuel Fernández. Alguien diría que le falta universalidad porque el poeta la escribió para él o para algunos muy suyos cuando una impresión, una circunstancia, un rayo de felicidad le impulsó fuertemente a ello. Eso puede que sea cierto pero no es un demérito en modo alguno para nosotros que tanto estimamos la sinceridad. Esa sinceridad disimulada cuando el poeta se pone de propósito ante las cuartillas y se tortura el magín rodeado de diccionarios, fichas y demás apéres de trabajo. Sabemos muy bien lo que es eso, claro está, y sabemos las grandes y acabadas obras que así se fabrican y no queremos desmerecerlas, Dios nos libre. Pero admiramos ese otro latido espontá-

neo y sin artificios, brotado directamente del corazón al verso con que escribe casi todos sus poemas Manuel Delgado. Le han nacido ya nietos y hemos visto a muchos abuelos hechos niños de tanto amar a estos retoños brotados del árbol añoso de su vida. Con qué ternura y amorosa complacencia canta este poeta a su nietecita. Son sus últimos versos y los más fragantes y lozanos. Los mejores, diríamos.

Manuel Fernández escribe poesía hace muchos años. Su gusto se formó como es natural en sus años juveniles y es, sobre todo, un apasionado de Espronceda, demasiado quizá. Como un enamorado terco y fidelísimo, no abdicará jamás de sus admiraciones y ello le perjudica tanto más cuanto que su fidelidad a ultranza le lleva algunas veces a seguir los pasos del romántico más allá de lo que fuere menester. Viste a veces su poesía, que es de noble calidad, con ropas que ya andan un poco fuera de uso. Pero cuando se olvida de ello le cñe también la clámide intemporal y eterna de la mejor belleza.

Aun esperamos mucho de nuestro paisano. Amén.

CANTO A LA ESPOSA, por Rafael Guillén. Veleta al Sur. Granada, 1963.

Un solo poema en este cuaderno pero es un poema que vale un libro. Pocas veces hemos leído nada tan acabado y bello. Sobre todo las dos primeras partes del poema. Se advierte trabajado y pulido con grandes meticolosidad y esmero pero, al final, el poeta ha logrado que parezca espontáneo, fluido y compuesto al correr de la pluma. Algo verdaderamente difícil.

Más que amor nos gusta decir que hay un gran enamoramiento en todos los sentidos del poeta. A veces, en el corazón también, pero sobre todo en los sentidos. Tiene relieve y profundidad; la profundidad y el relieve que le dan a cada paso la metáfora original y brillante. Le falta sencillez o, mejor, no le hace falta la sencillez porque la lleva en el fondo del poema, tan sencillo y cotidiano como es la vida de la esposa hogareña. o la vida que al hogar da la esposa:

...Habita las estancias tu ritmo de carbellos,
contraluces flotando,
neblinosa memoria de trenzas y muñecas.
Vives de casto efluvio de los muebles usados,
del amable vaivén de las persianas.

Emanas del silencio de las horas cansinas,
de una penumbra verde de rincón con garranos.
Vienes y vas, dejando en mi costumbre una tersura amiga de suelos encerados.

La tercera parte canta intimidades tan de dos, que hiere un poco leerlas. No hay apenas hay carne, y el poeta pone ternuras y delicadezas castas en sus expresiones y deliquios pero, para nosotros, esas recatadas caricias, esos momentos oscuros son más para silenciados o cantados en silencios. Pero esta es una opinión nuestra.

Por lo demás, todo es bello, poético, intenso y bien acabado.

ELEGIA DEL HOMBRE, por Manuel José Arce y Valladares. Bogotá, 1963.

Conocimos a Manuel Arce y Valladares hace algunos años, en ocasión de un viaje que realizó por España. De resultas de aquel viaje publicó un hermoso libro, que reseñamos en su día, y en el que había tenido la gentileza de dedicarnos un delicioso romance, que era evocación de una visita que juntos hicimos por la antigua judería cacereña. Ahora nos llega este otro libro suyo: «Elegía del hombre», más reducido en páginas, con un hacer del todo diferente y la temática sostenida uniformemente. En realidad se trata de un solo poema que pudiéramos dividir en un prólogo y seis cantos.

Manuel Arce tiene mucho talento y está al día de las corrientes literarias. Tiene su estilo propio pero ahora parece que ha querido demostrar a todos que también sabe componer al modo reinante, cada vez menos reinante, y como tiene mucho oficio y cosas que decir, sale más que airoso de la empresa.

Hombre valeroso, ha elegido un tema grande y lo trata con grandeza y hondura. Toma al hombre desde su mismo nacer:

Fue por algo. Para eso
el desgarrar del dombo ciego de esa envoltura,
el violentar la puerta maternal con la frente
desovillando el sueño de espiral que en sí misma
concentrara la incógnita germinando en pregunta...
y le acaba en su mismo terrenal acabamiento:

..Para esto,
por esto.
Desgarrarse del dombo de envolvente
[crepúsculo,
forcejear que abrió el seno maternal
de la tierra
y retornó a la sombra
germinal
y a los coágulos,
y a enroscados gusanos en hervir de pre-
guntas...

Todo el poema mantiene elevados el concepto y el lenguaje todo acusa al poeta y maestro de muchos saberes, que vive una gran vocación de poesía. Todo suena a buen poeta aunque este canto esté impregnado de un acento pesimista que no compartimos y nos cuesta creer que comparta el autor.

La portada y cada uno de los cantos se ilustran con sendos dibujos, obra, también meritória, de Manuel Arce y Valladares.

JOSE CANAL

DE MAR A MAR (poesías), por José Carlos Gallardo. Colección Veleta al Sur.

José Carlos Gallardo es poeta. Un buen poeta. Tan poeta nos parece que hasta cuando va a caer en un prosaísmo tan en uso hoy por hoy, se salva milagrosamente gracias a la gran fuerza poética de sus versos.

Es tal el ímpetu de este poeta que se nos desborda a pesar de lo profundo de sus surcos que él mismo labra. Sabe siempre donde llega y esto no lo digo precisamente en alabanza sino en perjuicio. Cuando un poeta sabe mucho de poesía podrá ser un magnífico crítico pero nunca será un buen poeta.

El poema «Ojo infinito» es extraordinario. Copiamos unos versos:

En él está la sombra
del alma. Por el ojo,
el cuerpo desemboca
al ser. Somos un viento
que en finiebla se esponja;
tierra seca que pide
agua de luz...

Pero no es este trozo sino todo el poema puesto en pie, en voz, en intensa y clarividente oscuridad—que todo poema bueno necesita—donde creo ver el eje de este buen libro de poemas.

El mundo de este poeta es ancho con multitud de aciertos que hace que salte-

mos, con frecuencia, en alma cuando descubrimos hallazgos como éste: «Sólo la eternidad se puso a salvo—en el reloj parado».

Buen libro de un buen poeta éste de José Carlos Gallardo.

NIÑO DEL ASOMBRO, Editorial Stilcigraf, Buenos Aires, por Simón Kargiemán.

Comenzamos a leer este libro con sumo placer. La dedicatoria nos puso ya en condiciones de escucharle con atención. Dice así: «A Daniel. A Gabriel. A Silvia. Niños aires de mi sangre». Y sin embargo no nos podemos explicar por qué este poeta se endurece tanto como cuando dice «un tren de tiempos lentos descubre bolsillos—sin arena en los ojos de una rosa cansada—quiere decir el ruido verde de la sonrisa—con océano cuando las paredes enmudecen». ¿Se ha buscado la rigurosidad de estos versos a conciencia?

En otros momentos el poeta pone a flote una intensidad poco común. «Niño del asombro» nos lo demuestra—poema de donde toma título el libro—y el siguiente dedicado a un niño muerto por una bomba.

Simón Kargiemán es un poeta que nos interesa. Aunque se empeña ya lo dijimos en oscurecer demasiado el poema. En ciertos poemas no nos deja resquicio para sentir. Que es lo que interesa al lector de poesías. Quizás tenga razón—¡la tiene!—el prologuista anunciando que «Kargiemán es un poeta de vanguardia, pero de esa vanguardia que lucha por crear sus propias formas, sin subestimar aquéllas que en algún momento pudieron servir de paradigma o de canon estético y sin pretender, tampoco, que las formas que crea, sólo por ser tales, sean insuperables».

Todo el prólogo de César Rosales es sumamente atrayente. Un magnífico estudio.

DE LA PIEDRA A LA ESTRELLA, Colección Veleta al Sur, por Antonio Murciano.

Cuarenta y tantos poemas componen el libro «De la piedra a la estrella», de Antonio Murciano, donde se canta—y se reza—al mundo, a la tierra y al hombre. Y he puesto entre guión reza porque muchos poemas son verdaderamente oración. Y lo digo en honor del poema y del poeta.

Antonio va construyendo el mundo—su mundo que nos lo ofrece mientras nos lo

enseña para que lo amemos—desde la tierra, el fuego, el mar, el árbol, a la estrella, hasta dar con el hombre—hombre vida—, conciencia de hombre, con las eternas preguntas y el mensaje. Para llegar a Dios Hostia y Cruz «Plegaria» y «Nunca es tarde».

Antonio Murciano, cordialísimo en su poesía, nos entrega este libro que se nos hace simpático desde el primer verso hasta el último. Todo lleno de una meditada unidad. Sin renunciar a los baches que toda unidad en poesía tiene por fuerza y manera. Aquí no hay saltos. Camina todo su mundo. Hay que aclarar que los baches están sumamente cuidados.

Murciano es poeta de verdad, sin trampa ni cartón. Y su valentía está en afrontar esta verdad cara a cara. Quizá el pecado de Antonio Murciano es que sepa demasiado bien el oficio.

Sigue, tropieza, cae y se levanta;
el sol, la nieve, la hoja seca y todo
por un poco de algo en primavera.

Conocemos la obra de Murciano y sabemos que es un gran poeta. Este libro nos confirma lo que acabamos de decir. Bellos poemas, algunos sonetos de verdadera antología; otros, de verdadero poeta. Y algunos, pocos, de oficio, que son los que no nos gustan. Naturalmente, si, entre tanto soneto, fuesen todos buenos, el libro hubiese sido el mejor de los publicados en muchos años. En muchos años de la historia de la poesía española.

POEMA DE CUATRO AMORES, por Mario Noberto Silva.

Los cuatro amores a que se refiere este libro de poemas son: el niño, el mar, la humanidad, la esperanza.

Se respira en este buen libro una atmósfera agradable, alada, graciosa y tierna. Tiene un cierto sentido de ingenuidad que le hace en muchos de los poemas encantador. No carece de ironía. Ni tampoco de profundidad. Donde hay ironía hay profundidad. El libro en sí rezuma poesía por los cuatro costados. Por los cuatro amores que en él se cantan:

¡Adrián! ¡Te comes el puré!
¡Te comes la cuchara!
¡Te comes mi mano!
¡Adrián! ¡Espera que te dé!
Dos dientes. Los de abajo.
Adrián. ¡Dos dientes!

Esto que parece tan simple que llega

hasta «¡Adrián! ¡Mi alma! ¡Amanece!», nos agrada. Y nos agrada precisamente por esa sencillez a rebosar de ternura.

El canto a un negro muriéndose de hambre en una ciudad de Brasil es intenso, como otros tantos poemas de este libro que comentamos. Está dedicado «A las sencillas gentes de todos los pueblos».

Mario Noberto Silva canta con una voz suya y a su manera. Porque es su misma vida. No nos extraña a nosotros nada que use su voz y su personalidad para cantar ahora que en la Argentina se intenta un surrealismo de segunda mano por ciertos jóvenes que se llaman intelectuales. La poesía no es cosa de intelectuales. Está por encima de ellos, en otro plano, queremos decir. Cuando el intelectual puro hace poesía se suele acalambrear de tal manera que no lo entiende ni su padre. Y que nos perdona su padre. La poesía es un don que no se adquiere en libros sino en la vida que es un libro que tiene páginas como mares.

IMAGEN.- OBJETOS EN GESTACION, por L. Henri de Lescoet

Solamente dos poemas, no largos, contiene este folleto que nos envía Henri de Lescoet. Poeta francés que escribe poemas en castellano. Amigo de muchos poetas españoles. Su labor en favor de la poesía castellana es digna de elogio. Los dos poemas de Henri son buenos. Sobre todo el primero, que toma el título general. Donde se añora y se padece en la esperanza de todos uno. Lo primogenio, lo original. Cosas que siempre han preocupado a este poeta.

EL CORAZON DE SILENCIO, por Carlos A. Velazco. Ediciones «Instituto Amigos del Libro Argentino».

Antes de «Los primeros poemas», una de las partes en que se divide el libro, hay unos versos de Antonio Machado: «En el ambiente de la tarde flota—ese aroma de ausencia—que dice al alma luminosa: nunca—y el corazón espera».

Copiamos estos versos porque gran parte del libro gira precisamente en ellos. No porque se escarbe sobre este trozo de poesía, sino porque el autor siente, a la par de Machado, un quehacer. Un quehacer bello y sencillo. Sobre todo en la primera parte, que empieza diciendo que una flor, una calle, una mariposa, le bastan

para ser feliz. «Felicidad tonta de poeta, —que ama la vida».

El poeta tiene profundidades, no cuando va creciendo el libro, sino a partir del primer poema. Desde que nos habla cómo se va apoderando de él la sombra.

El libro se divide en cuatro partes, pero con una cierta unidad. Aparte de la primera, «Apuntes», «Como canciones», y, la cuarta, la que da título al libro.

Carlos A. Velazco es poeta. Un poeta culto. Quiero decir cultivado. A pesar de su juventud. No cuenta todavía treinta años. Con el poeta hemos vivido su mundo. Un mundo bueno y feliz. Sin gotas de desesperación. Aunque sí de tristeza necesaria para ir viviendo en poesía. Le preocupa los temas eternos. Y da en la segunda parte del libro unos toques llenos de gracia y de sentido. Anotamos en «Como canciones» este poema:

Pasa un hombre por mi lado
Pasa otro..., otro...,
otro...

¿A dónde van? Y yo.
yo mismo, ¿a dónde voy?
Yo no voy, ando
por andar,
sin ir.

.....
.....
¿Será el mismo vacío,
la misma ansiedad?

Sí, la misma ansiedad. No cabe duda seguimos creyendo que poesía es la distancia más corta que hay entre dos hombres.

Nos ha gustado el libro de Velazco. Esperando con vivos deseos otros libros suyos. Los que anuncia como próximos a publicarse.

J. D. V.



NOTICIA DE REVISTAS

A. R. S.—Revista trimestral de Religiosas Amantes de Jesús. Año XI, número 42. Plasencia; Abril-Junio, 1963.

Trabajos en prosa y verso originales de R. P. Balbino del Carmelo, M. Millán de Casas, Sor María Jesús Romero, Enrique Medina, Gonzalo Bermejo, Aurea Rosa, Alejandro Pizarro, I. San Segundo, María del Carmen Cuadrado Vázquez y otros.

AZOR.—Tercer vuelo. Revista literaria. Núm. 8. Barcelona, Julio-Agosto Septiembre, 1962.

«¿A qué edad se era y se es anciano?»?, por José María Jirabarren; «Lección de realismo castellano», por Miguel Villalonga; «El perro y el bigote», por Angel Doñate; Poemas, por Luis López Anglada, Juan Alcaide y Eugenio Carballo; «El amigo «Toni», por José Simón Cabarga; «Andanzas y decires de Gabino», por Carlos Muñoz; «Los sentimientos y la fortaleza anímica» (ensayo), por Antonio Pascual Fernández; «Cuentos en enigma», por Tomás Borrás; «El tajo de Ronda», por J. García Pardo, y otros.

CRUZ ROJA ESPAÑOLA.—Revista mensual ilustrada. Órgano oficial de la Asamblea Suprema. Madrid, Abril de 1962 a Enero de 1963. Números del 640 al 648.

En cada número: Editorial; Información nacional; Protección civil; Liga de Sociedades y Comité internacional; La Cruz Roja en el mundo; Noticias breves; Información general; Colaboración; Bibliografía, y Amenigramas.

Información gráfica y una bella fotografía artística en la portada de cada número.

EL MONASTERIO DE GUADALUPE.—Revista Mariana. Años XLV y XLVI.

Números del 538 al 544. Guadalupe, de Marzo-Abril de 1962 a Marzo-Abril de 1963.

Número 538: «Los peregrinos de Guadalupe» (poesía), por P. Sebastián García, O.F.M.; «Héroes de ayer», por Fray Antonio Cómez, O.F.M.; «Cuando el sacerdote perdona», por Fray Antonio García, O.F.M.; «Ejemplos para rezar: Los exámenes», por el P. Federico Sopena; «El barranco del diablo» (leyenda guadalupense), por D. Federico González Plaza; «Testimonio 1962», por José María Pérez Lozano; «Volver a la luz» (cuento), por Pedro Vera Camacho, y otros.

Número 540: «Un olvido inexplicable», por Fr. Arturo Álvarez; «Cuadros de Zurbarán», por Antonio Gaya Nuño; «Zurbarán, el pintor de actualidad», por Enrique Segura; «La Virgen nace tres veces», por Fray Francisco Romero, O.F.M.; «Manolo compra un coche» (cuento), por Juan P. Vera Camacho, y otros.

Número 541: «La flor de Octubre: El Rosario», por Fray Francisco Romero, O.F.M.; «La Moreniña de Rianxo», por Fray Arturo Álvarez; «Guadalupe. ¿De cuándo data su origen histórico?», por El licenciado Altamirano; «A las puertas del Concilio», por Fray José Antonio Cifuentes, O.F.M.; «En el claustro mudéjar», (soneto), por Fray Antonio Corredor, y otros.

Número 542: «Santa Teresa en Guadalupe», por Fray Ismael de Santa Teresita, O.C.D.; «Dos colosos en Yuste», por El licenciado Altamirano; «Apostolado entre turistas», por Fray Sebastián García, O.F.M.; «Guadalupe en Lope de Vega», por Fray Arturo Álvarez; «Villancicos de la Hispanidad», por Nicolás Sánchez, Presbítero; Cuento, por Pedro Vera Camacho, y otros.

Número 543: Colaboran R. P. Pedro de Alcántara Martínez; D. Teófilo G. Calatrava; R. P. Francisco Romero; R. D. Ni-